

DÍA DE MERCADO

Crónica ganadora del Concurso de Escritura y Literatura de la Facultad de Comunicación Social Periodismo de la Universidad Central en el año 2001.

Por Giovanni Avendaño

Son las cinco de la mañana y huele a muerto. Es un olor a muchos cuerpos juntos, aroma nauseabundo, seco y penetrante, que se abriga con la niebla azul estancada sobre el piso. Ese perfume de muerte que asciende hasta las nubes no pertenece a ningún cuerpo; es un vaho que todas las mañanas llega desde el botadero de basuras Doña Juana al Sur Oriente de la ciudad y al cual ya están acostumbrados todos los vecinos de las Brisas, hombres y mujeres, que se apeñuscaron un día en las laderas semidesérticas de las lomas, haciendo calles desordenadas, que a esa hora permanecen calladas y vacías.

Sin embargo, algo rompe el silencio de la madrugada. Un camión desbarajustado empieza a subir las empinadas calles del barrio, va cargado de frutas y hortalizas, es miércoles y viene de la plaza de Abastos. Al tiempo, un hombre de mediana estatura y grueso, de bigotes descuidados, deja atrás las calles con pasos rápidos y diminutos, hundiéndose por momentos entre las tinieblas y el frío, antes de volver a aparecer bajo la luz del alumbrado. En sus manos van sonando un manojito de llaves.

De repente el hombre se detiene ante una puerta de color verde pálido y luego de mirar a ambos lados intenta abrirla. Una camioneta vieja dobla la esquina a toda la velocidad y con un estruendo metálico, frena ante el hombre. Algo dice el conductor de la camioneta y el hombre asiente con la cabeza, sin preocupación. Dos muchachos saltan del

vehículo cargando unas cantinelas con leche, se acercan al hombre y lo saludan, es Don Carlos y ha llegado a abrir su pequeña tienda: "El Progreso"

A pesar de no ser aún las seis de la mañana, Don Carlos sabe que se le ha hecho tarde. Empieza a acomodar unos mugrientos bultos de papa casi vacíos, empujándolos con los pies hasta una esquina, en el suelo queda una huella terrosa sobre las baldosas mal empatadas, pero le ha hecho un campo a la leche. Pronto los vecinos empezarán a llegar y tiene que apurar el orden. El camión que viene de Abastos acaba de trepar la mitad de la loma y llega hasta la tienda, trayendo el surtido semanal. Un hombre empieza a descargar y el olor a campo empieza a impregnar el local, saliendo de los guacales y los bultos desmedidos de cuyas bocas se rebozan las hortalizas y verduras. La luz de un sol más que tímido empieza a pintar los tejados de las casas. En las calles ya se oyen los pasos apurados de los que van tarde.

En el opuesto de la ciudad, el extremo de las avenidas amplias y aceras anchas y limpias donde el aire huele a pinos y a pasto recién cortado, otro supermercado que no abrirá hasta las 9 de la mañana, ya tiene a varios de sus empleados preparando el local con traperos y fragancias no muy fuertes mientras la delicia olorosa del pan, que reposa en bandejas brillantes, rebosa los dos iluminados pisos desde el horno automático. .No se escucha más que el rítmico movimiento de los trapos sobre el mármol blanco y uno que otro ruido. Quienes trabajan allí lo hacen en silencio, quizás sea por las cámaras que vigilan desde el techo. Las inmensas puertas permanecen cerradas y afuera las luces de neón iluminan las letras de un nombre impersonal y conocido: "Superley"

Una hora más tarde de la llegada estrepitosa del camión de Abastos a la tienda "El progreso", en "Superley" se alistan por lo menos quince personas para recibir a la cuadrilla de camiones de color azul oscuro que vienen directamente de las granjas privadas de la empresa, con los vegetales frescos y lavados, listos para ser marcados y colocados en los vistosos dispensarios del local. Transportados en los mismos carritos para mercar, los frutos del campo pasan directamente de los furgones a las planchas de pesas donde un mecanismo especial aporta una cinta a través de una ranura, donde se indica el peso y el valor de cada producto previamente armado en conjuntos dentro de una bolsa plástica o en una malla de colores. Cualquier olor ha sido disimulado y todo allí se maquilla se embellece, se adorna. Basta con un solo recorrido entre el pobrísimo laberinto que forman las estanterías. Miles de productos de variados colores que están dispuestos solo para atraer la atención y ser comprados por la vistosidad, sin el amago del cerebro, vuelven a ser ordenados para que cumplan cabalmente su función. Las descomunales neveras en donde reposan la leche y los pescados son las únicas a las que se les permite el lenguaje del rumor, sus motores no cesan nunca. Las luces de varios apartamentos comienzan a encenderse y ya el ronroneo veloz de los carros se deja sentir sobre la avenida. Son las 7 de la mañana.

Don Carlos hace rato se acomodó detrás de la vitrina de madera y vidrio que construyó él mismo y donde se encuentran sin orden alguno varias golosinas y uno que otro papel rasgado, siempre necesario para detallar una cuenta larga. Sentado en una silla cubierta por una ruana vieja, espera los siguientes clientes, ya no los del afán, los que corren para llegar al trabajo. Ahora espera a los otros, a los que piden fiado, a los que no se les conoce ningún oficio, ni ningún "bien" como dice él. Ya ha despachado toda la leche a las señoras de bata y cabellos

recogidos que llegaron más temprano y con una olla en la mano; ahora sólo oye en un pequeño transistor, un programa de Radio Santa Fe.

Cada vez que entra una persona que lo saluda por el nombre, él finge un desinterés que no es casual, porque puede resumir en pocas palabras la vida de ese "alguien" al que conoce desde el lugar de preferencia que le brinda la tienda. En ella se ha enterado, gracias a su misma clientela, de las historias personales de mucha gente. La última es la de una señora que se voló con el marido de otra, teniendo ella un hogar con tres hijos que quedaron a la deriva. De esta historia se enteró gracias a doña Tulia, la más diligente en esas cuestiones.

Don Carlos interrumpe su charla cada vez que entra una persona, quizá él quiere conservar su fama de discreto y reservado campesino que se vino un día desde Ambalema, el legendario pueblo tabacalero, a vivir o mal vivir en la ciudad. En medio del olor a Yerbabuena y a cilantro, a tierra y a moras frescas, este tendero ya entrado en años enciende un Pielroja sin filtro antes de alcanzarle un par de aspirinas a una señora que las solicita y que él guarda entre un frasco de cristal que antes envasaba cualquier otra cosa. Entre los estantes que dan a su espalda, permanece un cumulo de drogas - de las lícitas - que están envasadas de la misma forma, dispuestas en un orden que conoce él a la perfección, como todo lo demás que vende y que obedece a la lógica de dejar cerca a la puerta los productos más frescos. Claro, se apoya en una vieja báscula donde pesa lo que vende y que parece mas un reloj de pared varado, que un instrumento de medida. Una bocanada que no se disuelve atraviesa el umbral y se eleva, ya en la calle, hacia el cielo. SIGUE

Puertas abiertas al consumo

Son las 10 de la mañana y las puertas, automáticas del "Superley" se han elevado para dar paso a la gente, generalmente amas de casa ya vestidas y perfumadas, que vienen en busca de algún objeto en especial. El lugar esta resplandeciente y las más de 30 cajas computarizadas permanecen casi vacías.

Con diferentes señales informativas se va guiando a los clientes que ya deben desconocer el trato humano, ningún saludo allí es familiar. La extensión del local se va acortando en la medida de la misma distribución. Objetos de limpieza en un extremo, las neveras en el otro, los alimentos organizados por granos, harinas, aceites, golosinas o la sección de verduras y carnes, que se venden según los cánones de la estética y la higiene. Allí también existe droguería, en el segundo piso, junto a la librería, y ambas comparten el mismo espacio con los electrodomésticos y la ropa.

Es tanta la gente que allí trabaja que lo más seguro es que entre ellos no se conozcan sino apenas de vista, mucho menos a los clientes. Pero mejor así dirán algunos. Sobretudo esa señora que ha llegado maquillada hasta la dermis y con unas gafas de sol sujetando su cabello, y que va mirando de soslayo y preguntando por el "cocktail de langostinos" que estaba en promoción. O quizá no, como el señor de camisa blanca y saco sobre los hombros que interroga ante su absoluta ignorancia, si hay alguien que le pueda dar información sobre los ingredientes necesarios para hacer un "Baguette". Los vinos y los whiskys de marca mayor, las cervezas especiales, la chocolatería importada, todo lo distribuido para ser más y mejor vendido hace detener la vista del cliente, que ante tanto brillo terminará por "picar el anzuelo".

En este recinto pulcro, donde cada instante se ve una mujer uniformada limpiándole no se sabe que al piso, y en donde ya

empiezan a sonar los arcos electromagnéticos de seguridad por la gente que sale con bolsas, se paga preferentemente con tarjetas plásticas, aunque también con efectivo. Las cajas ubicadas a la salida del mercado siempre están dispuestas para ser alimentadas con varios millones de pesos cada día (300 aprox.). Pero no todo es impersonal y monetario, aquí también se preocupan por el cliente. Un dispositivo electrónico le toma la tensión a los visitantes por tan solo unas monedas, y además se les permite leer las revistas a los clientes que hacen fila delante de las cajas. La cargada del mercado no es problema, todos los visitantes llegan en carro, aunque lo que vayan a comprar sea tan solo una caja de leche.

La hora del ajetreo

"El Progreso" ya se encuentra lleno a esta hora. Hay unas diez personas, casi todas mujeres de cierta edad. Es la hora de ajetreo. Don Carlos ya tiene un cuchillo en la mano con el que divide en trozos pequeños la yuca, le corta a las cebollas los gajos verdes. Lo mismo hace con la ahuyamas y las patillas que va cortando en trozos porque "así es la única forma de vender". Entre corte y corte, la limpieza del cuchillo se efectúa con un trapo que permanece sobre el mostrador. El mismo pesa y empaca en bolsas azules la papa y otras cosas. Los precios están sujetos a su propio tanteo, aunque a veces intervienen en el resultado la simpatía que sienta por el cliente. La economía aquí no es rígida, es un acercamiento, es un pacto de confianza que se genera cada vez que alguien le pide fiado, cosa que él no le gusta pero que no puede dejar de hacer porque sino no se vendería nada. Allí también se venden productos enlatados, que tiene empolvados sobre una estantería enclenque. Atunes y sardinas venezolanas, compotas

del Ecuador y salsas compradas al por mayor en alguno de los grandes almacenes.

Don Carlos siempre suda a esta hora y eso se le nota en la camisa templada bajo la cual esconde un prominente estomago. Siempre pasivo en los ratos desocupados, a esta hora es su verdadero momento de trabajo. Él sabe que después de esta hora, con la caída de la tarde, a su local entrarán esporádicamente una que otra persona. Esa es una de las razones que tiene para cerrar temprano. La otra es por motivos de seguridad. Claro que él tampoco es un hombre que se esfuerce trabajando, eso lo demuestra cada diciembre cuando se va con su familia para Guayabal, Tolima, a la casa de uno de sus familiares, y en donde permanecen alrededor de 15 días, mientras su negocio cierra las puertas por el mismo periodo. Al fin y al cabo a él no le importa el receso. Sabe que su clientela es fija y casi siempre la misma. Mientras que abre uno de los paquetes en los que vienen las espinacas, algunos hombres del barrio beben una cerveza.

En cambio en el "Superley" solo cierra el primero de enero. Nunca más sus puertas cierran. Por eso mismo su gran ventaja es permanecer con las puertas dispuestas hasta las 9 de la noche, ya que nunca se sabe a que hora pueden llegar los clientes, que no tienen una hora determinada para hacer un mercado que no es únicamente para el consumo de un día.

A las siete de la noche este gran mercado está repleto de gente, profesionales en su mayoría, que no disponen de otro momento en el día para realizar esta labor, las cajas amontonan filas de personas y las luces iluminan cada rincón. Hay gente pero no existe ni un conocido. Nadie dice "buenas noches", nadie se ocupa más de lo que

va a hacer mientras que las cámaras vigilan que los compradores lo sean y no se escondan tras ellos los ladrones.

Don Carlos no tiene ese problema. El no desconfía de nadie, porque confía en todos sus clientes. Por eso el lugar donde guarda la plata es un pequeño cajón de madera que está al alcance de cualquiera. Él sabe que diariamente no vende mucho, apenas lo necesario e intuye que sus vecinos saben que él es tan pobre como ellos. Le teme más a la noche, a los peligros del barrio entre las lomas, pero no se asusta demasiado. Él sale a las 6 de la tarde rumbo a su casa, después de traspasar los umbrales de varias casas donde escucha los saludos de la gente que lo conoce. Dormirá tranquilo, como todas las noches, a pesar del olor a muerto que sube desde Doña Juana, a pesar del frío y de lo lejos que se encuentra su pequeña tienda de la tecnología, pues sabe que cuenta con lo mejor que puede tener un hombre en la vida, el contacto con sus semejantes. Abajo la ciudad se vuelve un haz de luz y la noche vuelve a sacudir su manto helado y azul.